~~Caja 435-05º 9223~~
Caja 466-n. 10.624

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

EL DIA 26 DE NOVIEMBRE DE 1870

EN EL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS

MADRID
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Espíritu-Santo, 35 triplicado.
1870

DISCURSO

PRÓNUNCIADO

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

EL DIA 26 DE NOVIEMBRE DE 1870

EN EL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS

MADRID
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Espíritu-Santo, 33 triplicado.
1870

Señores:

Treinta y cinco años há que, desde el lugar que hoy ocupo sin merecimientos, abrió un poeta insigne las puertas de este establecimiento literario y científico, hijo de las instituciones representativas de 1820, y cual ellas suspenso, ántes de mucho, por el absolutismo triunfante.

Ninguna de las risueñas esperanzas que una tal asociacion de ciudadanos, libremente constituida, con el fin de promover la general cultura, debia despertar y despertó entónces, ha quedado, por cierto, burlada. El Ateneo de Madrid que, tras del duque de Rivas, cuenta en el número de sus presidentes hombres tales como Martinez de la Rosa, Alcalá Galiano, Pacheco, Pidal, ó Donoso Cortés, y profesores como Lista, Mora, Estébanez Calderon ó Pastor Diaz (por no mentar más que los que no viven), ha sido, en períodos varios, sin duda alguna, el más vivo foco de luz de la sociedad española. Permitida sea esta verdad, si algo de jactancia hay en ella, á quien no tiene

parte alguna en tamaña gloria, ni con proclamarla enaltece á uno ú otro sistema ó partido en especial, sino á todos juntamente. Por grande que entre los socios fuera la divergencia de opiniones, nunca han faltado aquí benignos jueces para los que hacian sus primeras armas, ni para los ejercitados paladines seguro campo. Tal razon tiene el hecho de que ninguna escuela haya dejado de reñir en este palenque singulares combates; por eso mismo ha llenado año tras año estos bancos la atenta multitud que aún hoy los honra, y no otra es la causa, en suma, de que sean registro exacto nuestros anales del movimiento intelectual de una época entera. Habrá de seguro quien prefiera el período de 1835 á 1838; tampoco faltará quien guarde aficion al de 1840 á 1844; estos estimarán más el de 1851 á 1854; aquellos el de 1856 á 1868; pero nadie que haya frecuentado las cátedras ó los salones de este establecimiento podrá ménos de celebrar, sobre todo, su tolerancia y libertad, no interrumpidas, mediante las cuales ha logrado cumplir hasta ahora cuanto se propusieron sus fundadores.

Al dirigiros hoy la palabra, despues de muchos años de silencio en esta cátedra, (donde necesité tambien y obtuve un dia generosa indulgencia) lo que más poderosamente desea, por tanto, mi ánimo, es que, durante el breve plazo de mi presidencia, sea en este punto el Ateneo lo que ha sido. Porque á la verdad, señores, que la utilidad de esta libre enseñanza, así como la de meditar concienzudamente y sin pasion ni desmayo, sobre las ideas ó los hechos, jamás fueron para nosotros, para

España, para la humanidad toda, más grandes. Sea cualquiera la variedad de juicios en otras cosas, paréceme que no ha de hallar oposicion este aserto. ¿Qué mucho, pues, que no sólo á mí, sino á todos por igual, nos complazca la idea de que, ya que la política militante esté prudentemente apartada de su instituto, pueda no ser ahora extraño el Ateneo, como nunca lo ha sido, al trabajo intelectual, que primero prepara ó dirige, y enmienda ó anula luego los acontecimientos? ¿Ni qué mucho, tampoco, que esos hábitos de libertad y tolerancia, milagrosamente puestos á salvo de las frecuentes revoluciones y reacciones contemporáneas, queramos y procuremos hoy guardarlos con mayor esmero que nunca, si cabe, á fin de que este antiguo foco de luz continúe ardiendo, durante la noche lóbrega en que estamos?

Bien puede ser que cometa yo muchos errores en este discurso, y la responsabilidad será mia sola en tal caso, que no del Ateneo, el cual dispensará probablemente á mis palabras la benévola acogida que á todas presta, sin prohijarlas por eso, como no ha de prohijar las de ningun otro de los socios que en los dias sucesivos ocupe esta cátedra. Quizá comience á errar por la eleccion del asunto, sobre el cual me proponga discurrir esta noche; pero debo deciros, señores, que no he podido contemplar con los ojos de mi razon el momento histórico en que reanudamos nuestras periódicas tareas, sin que se me figure imposible guardar silencio acerca de los extraordinarios sucesos en que tiene su atencion fija el mundo: sucesos, si para todos graves, singularmente importantes para los

que nacidos en estas regiones meridionales y occidentales de Europa, formamos parte de los pueblos hasta aquí privilegiados, que por haber dado carta de naturaleza á la cultura greco-romana, de ordinario se llaman y llamaré yo mismo latinos.

Vano empeño fuera volver desdeñosamente las espaldas, en la enseñanza, ó el estudio en los periódicos, ó los libros, ni en otra alguna de las esferas donde ejercita su actividad el humano espíritu, á esta preocupacion, de nadie ausente, ya por reflexion, ya por instinto. ¿Y dónde, señores, dejarán de experimentarse más ó ménos, y ántes ó despues, las consecuencias de cosas tales como las que vamos viendo? ¿En qué nacion culta, ó qué escuela científica podrá ya prescindirse, ni al obrar, ni al pensar de ciertos hechos, destinados á servir de faros en la historia, como por ejemplo sirven la caida de Constantinopla, ó la paz de Westphalia? Y sobre todo, ¿cuál es ya de las naciones latinas la que no presienta, ó conozca y confiese, que está pasando actualmente por uno de los más críticos períodos de su existencia? ¿Podrá serlo la Francia de Luis XIV y del primer Bonaparte, casi sometida por armas, á la voluntad de una potencia vecina? ¿Serálo Italia, ocupada en borrar con sus propias manos aquel raro privilegio de poseer una ciudad universal, que por serlo pudo pretender y ha alcanzado largos siglos, ser cabeza ó centro de mucha y buena parte de los pueblos cultos? ¿Ni cómo habia de serlo España, que con su valiente mano paró un dia la corriente, ya impetuosa, de las ideas y de los intereses, ahora triunfantes, conservando

en Alemania esa rama católica que allá florece todavía, como una esperanza, aislando y salvando del incendio protestante la Bélgica, donde el Sumo Pastor romano posee aún su mejor rebaño, guardándole á Viena la dignidad imperial, casi ya ilusoria hoy en dia, y hasta su independencia misma, no poco amenazada, tres siglos hace; librando á la ciudad donde tiene su necesario centro y cabeza la fe católica, de las garras de turcos y herejes; conquistando, en fin, para repartirla entre toda la gente latina, la supremacía moral y política, que ha retenido aquella hasta los últimos meses, con las hazañas inmortales de Muhlberg y Nordlinghen? No por cierto, no puede serlo tampoco España, que despues de perder su alto lugar en el mundo, por la desproporcion misma de sus fuerzas con tan grandes propósitos, debe hoy saber, que lo que desde los cimientos se está desplomando, es la fábrica universal, que no digo ahora si para mal ó para bien, labró con españoles brazos Cárlos V.

La verdad es, señores, que lo mejor de nuestros anales, va á ser de aquí adelante historia antigua. Durante el largo período histórico que al parecer termina, tuvieron tal y tan noble intervencion en todo nuestros antepasados, que bien cabe temer, que no la alcancen parecida en el que ahora comienza sus nietos; y sea cualquiera nuestra predileccion por las cosas nuevas, ¿por qué hemos de mirar con indiferencia el fin de las que tanto nos habian costado? Quedamos, además, nosotros mismos, aunque desaparezcan las más grandes de nuestras obras históricas: quedamos nosotros que, á la postre podremos quizá

ser lo que queramos, pero no podemos ser, desde hoy, cuanto queremos: queda la España, criada, mal que nos pese, (si ya nos pesa), en esos alcázares que caen, bajo cuyos escombros va quedando sepultada cuanta hacienda heredó de sus mayores, sin haber acertado á formar aún capitales nuevos, ó nuevos elementos de grandeza. No estaria bien, por consiguiente, que observásemos sin emocion lo que pasa.

Y dejando á un lado las naciones, ¿cuál por otra parte, de las ciencias modernas, en especial de aquellas que cultiva con preferencia el Ateneo, podria cerrar buenamente los oidos al estrépito de tamaños acontecimientos?

No lo será, por cierto, la filosofía que, basada en el estudio atento de la conciencia del hombre, la encuentra mejor iluminada que en los tiempos normales, en estos de excitacion y decaimiento, que acompañan á las grandes catástrofes. Tampoco lo será la historia, puesto que su base étnica y geográfica está cambiando de asiento, y en estas singularísimas ocasiones es cuando mejor se interpretan, aclaran y verifican sus constantes leyes. Todavía ménos han de serlo la sociología en general, ni en particular la política, hoy que vemos, no ya sólo caido, sino desacreditado el ideal social é individual, por más de medio siglo imperante en los pueblos latinos, y otra vez en tela de juicio, sin que baste ninguna imprecacion á impedirlo, la realidad práctica de unos principios que, de 1789 acá, pasaban casi por dogmas, desde el Paso de Calais ó las riberas del Rhin hasta el Mediterráneo. Por lo que toca al derecho de gentes y al canónico, basta nombrarlos

para afirmar otro tanto. ¿Mas á qué cansaros, señores, con una enumeracion inútil? Para ninguna, en suma, de las ciencias morales pueden pasar inadvertidos los sucesos presentes: y si tal ó cual de ellas sigue tranquilo curso ahora, tambien llegará dia en que experimente su influjo: no de otro modo, que en horas de sol claro suelen rebosar los arroyos pavorosamente crecidos con las mismas tormentas que ántes cruzaron por encima, sin rizar siquiera su superficie. Seria preciso para que nos hiciésemos sordos á cuanto sucede, que ningun espíritu animase el cuerpo de nuestra enseñanza; que no la fundáramos, cual toda especulacion ó accion racional se funda, en nociones prévias; que renunciáramos, por último, á la divina inspiracion que, no ménos que la poesía, necesita la ciencia en sus esferas más altas; inspiracion ó estro que solamente se recoge en el seno de la humanidad, claro aunque estrechísimo espejo de Dios sobre la tierra.

Y con lo dicho, señores, quedan señalados no pocos de los caracteres esenciales de la gran transformacion que presenciamos; mas es preciso ponerlos del todo en claro.

Observemos primeramente que la lucha, veinte veces secular, iniciada por las tremendas hordas teutónicas, continuada por aquel Herman ó Arminius, tan funesto á Varo y sus legiones, intentada en cien ocasiones durante la Edad media por los emperadores, y hasta por los simples aventureros alemanes; renovada al fin y trasladada al dogma y la disciplina eclesiástica por Lutero en los dias risueños del renacimiento, está ya tocando á su tér-

mino. Lo que ni siquiera acertó á conseguir la Germania, total aunque temporalmente vencedora, en los primeros siglos cristianos, es, á saber, sustituir y reemplazar á Roma en la tutela y direccion de la especie humana (porque Roma trocó á tiempo sus águilas militares por el lábaro santo y los Césares por los Papas), de todo punto puede realizarse en nuestros dias. Si todo no es obra de los germanos, todo al ménos cederá probablemente en su provecho. Sucesos que, por lo concertados, parecen óbra de la inescrutable Providencia divina, acaban de desvanecer de un lado la supremacía militar (que vale tanto como decir moral y fiísica) de la gente latina sobre la germánica, derrocando, de otro, aquel sólio augusto, donde guardaba Roma su cetro universal. No creo faltar gravemente al método, examinando ántes que el primero el segundo de estos fundamentales acontecimientos; y como no hay tiempo aún para que el mundo haya perdido la costumbre de ceder el paso á Roma, por Roma comenzaré mis reflexiones.

Haya mucha ó poca sinceridad en las creencias católicas, y bien sea desconfianza escéptica, bien sea consoladora fe lo que á cada cual inspiren las sobrenaturales promesas, paréceme que sobran motivos para que sinceramente reconozcamos todos, que Roma no puede ser cabeza real del mundo católico, ni asiento del Pontífice infalible, desde el punto y hora que se transforme en corte de una sola nacion, ahora constituida en monarquía, y mañana quizá en república. Por más que el catolicismo no pueda perecer, en sus doctrinas ni en su gerarquía, y por más

que la silla episcopal de San Pedro tenga siempre que ser exclusivo asiento de sus sucesores, lo que es la importancia local y el influjo especial de la bienaventurada ciudad, donde no sin razon se reputaba hasta aquí vivo el antiguo imperio, puede muy bien desvanecerse lentamente, si, cual no es imposible, se confirma la presente situacion de las cosas. No era ántes sólo la silla episcopal de Roma la privilegiada, por su sagrado destino: era tambien el natural de Roma un hombre privilegiado entre todos los hombres, y áun entre sus hermanos de las naciones latinas; así como lo eran entre los demás católicos, el italiano, y hasta cierto punto el español y el francés, en algo partícipes de la divina preferencia otorgada á la metrópoli latina; preferencia, no tan inútil, por cierto, en otras edades, como á muchos les parece hoy en dia. Ni podia conservarse, ni se conservó en efecto tamaño privilegio al través de los siglos, sino gracias á lo que ya no existe, es decir, á causa de la temporal independencia de Roma, que consentia considerarla como patria comun, y mirar sin rivalidad local, las ventajas temporales que reportaba de la posesion externa de la silla apostólica. Llegó á no ser Roma una tierra, un lugar, un espacio de mundo únicamente; sino más bien una poblacion, una gente, una sociedad civil, poseedora temporal, y en cierto modo partícipe de la potestad espiritual de la Santa Sede; la cual compartió con ella hasta el sobrehumano dictado de eterna. Y esto, no cabe duda que pudiera desaparecer muy en breve.

Porque, en puridad, señores, si la plebe romana del

siglo XVI osó un dia recorrer el *Corso* y el *Trastevere*, vociferando que no queria más Papas extranjeros y exigiendo violentamente que el jefe del catolicismo hablase en adelante su propio dialecto latino; y, siendo tan sólo quien era, logró de hecho su intento, ¿cómo los otros pueblos católicos no han de mostrar en lo futuro propósitos idénticos, ni cómo han de dejar de alcanzarlos? El haber pretendido Roma en la citada época una nacionalidad especial, y haber prohijado este propósito tan insignes Papas como Julio II y Paulo IV, por ódio á los príncipes temporales, fueron ya, á mi juicio, hechos funestos, de los cuales se derivaron consecuencias, únicamente tolerables mientras fué aquel pedazo de Italia de todo el resto del mundo independiente. ¿Pero podrá solicitar hoy ya siquiera el pueblo romano la continuacion de su monopolio? No seria justo por lo ménos.

Harto más fundado será el que con tamaño poderío, y tamaño valor, y saber tamaño, como alcanzan los germanos católicos, partícipes de los triunfos y de la gloria de la patria comun, pretendan que su jefe espiritual no nazca más á las orillas de un rio de Italia, ni corra más por sus venas la sangre de esta gente latina, hoy por ellos vencida y relegada á secundario lugar en el mundo. Áun las otras naciones que, como Italia, tuvieron por madre á la Roma imperial y pontificia, dadas, cual se sabe, á fratricidas discordias, pudieran disputarle, sin exceso á la monarquía italiana, el privilegio de elegir los Vicarios de Cristo en la tierra, cuanto más los nobles pueblos germánicos que profesan sincerísimamente la religion

católica. Vuelve por tanto á plantearse, para no ser probablemente resuelta tan á gusto como ántes de la plebe romana, la gran contienda de la localizacion y posesion del Pontificado, terminada no sin esfuerzo hace tres siglos. Y por la misma razon que desde que Roma dejó de ser ciudad neutra y universal, ostentando independencia local y etnográfica, comenzó insensiblemente á deslizarse hácia la patria comun italiana, una vez esta formada y absorbida Roma en su seno, poco á poco irá mirándola y tratándola el resto del mundo, como ella quiere ser, como extranjera.

Por mi parte, ni apruebo ni censuro nada en este momento. Es la lógica la que no halla que extrañar en ninguna de estas dos cosas: ni en que Roma, por decirlo así, *italianizada* con consentimiento de algunos Pontífices, haya venido al cabo á caer en brazos de la nacion italiana, ni en que siendo ya Roma cabeza de un reino aparte, deje de ser tenida por digna de representar y dirigir intereses que son esencialmente universales. Tampoco condenará la lógica por absurda, si, cual sospecho, aparece algun dia la pretension de que los hombres que ocupan el primer lugar, entre todos, por la inexorable ley de la victoria, posean juntamente, con el cetro político, en tan sangriento pleito ganado, el eclesiástico, y doten de Papas al mundo, como están llamados á darle verdaderos emperadores. Ni siquiera seria ahora nueva la pretension de tener por suyo al emperador y al Papa, de parte de la gente germánica. Tuviéronla ya en los siglos medios sus monarcas á título de herederos ó depositarios

de la potestad cesárea; y si no la realizaron, fué porque Roma supo guardar entónces íntegro el precioso don de San Pedro. Mas ¿quién quitará ahora, señores, que el Papa resida, no ya entre latinos, sino entre alemanes ó eslavos, quedando desierta su silla episcopal de Roma, aunque no llegue el caso extremo de que esta piedra fundamental de la Iglesia quede, como tantas otras menores, *in partibus infidelium?* La esposa del obispo de Roma no puede ser otra que la basílica de San Pedro; pero el divorcio entre la ciudad de Roma y el Papa nada tiene de imposible ni carece de algun precedente en la historia eclesiástica. De igual manera que bajo la cúpula de Miguel Angel, vivirá legítimamente el Pastor Sumo, con su Senado y Congregaciones, no siendo por capricho, sino por necesidad ó conveniencia pública, bajo de las bóvedas ojivales de Colonia; trasladando su domicilio, y cambiando, por decirlo así, de familia. ¿Y quién sabe tampoco si poseedora otra gente del Pontificado, llevará con paciencia que se perpetúe semejante destierro, ya que no le demos el nombre de persecucion, que será el que le den al fin los católicos? ¿Quién sabe si esa Roma, tan venerada de los pueblos latinos, pagará así algun dia su patriotismo egoista, pasando á ser colonia indispensable, aunque remota, de los católicos de otra raza? ¿No hubo en otro tiempo católicos que rescataran á Jerusalen, mucho ménos necesaria que, desde el martirio de San Pedro, es Roma al catolicismo, del poder de los infieles que la poseian? Distintos son seguramente los siglos; pero hay que advertir que los siglos alteran ménos ciertas cosas del mundo

de lo que el orgullo de cada nueva generacion imagina.

Si por ventura la destinada á llevar á cabo semejante restauracion fuese la raza germánica, perderíanse de un golpe todos los afanes de los Papas güelfos, desde Gregorio VII á Julio II; y los esfuerzos todos de los descendientes de Felipe el *Hermoso* y doña Juana la *Loca*; los cuales, con llevar y todo el apellido de *Austria*, no fueron en sus dos ramas, sino puros españoles y manifiestos caudillos de la gente latina. No hay que despreciar, no, por fantásticos tales supuestos. Ni estos dejara yo en hipótesis, si, como tengo, diera por cierta la sospecha de muchos pensadores de que el catolicismo, tan superior hoy al protestantismo en el órden religioso, ha de florecer y crecer aún hasta el punto de resumir toda la expresion del sentimiento religioso entre los hombres. Para ese dia, si con efecto llegare, bueno será tener en cuenta, que no bastan siglos y siglos de posesion, cuanto más meses ó años, á que den por prescritos sus derechos y acciones los germanos, segun están demostrando actualmente. Mas ¿y si tal suposicion fuere falsa, y léjos de representar el catolicismo la última y total expresion del sentimiento religioso, todavía estuviese destinada la Reforma á renovarse ó regenerarse? ¿No seria tambien de temer entónces que el protestantismo aleman, padre del de toda Europa, aspirase á reunir á la conquistada primacía militar y política del antiguo Electorado de Brandeburgo la direccion religiosa y moral de la sociedad europea? ¡Cuánto mayores, aunque distintos peligros, no tendria que temer en tal caso Roma, voluntariamente despojada de su inde-

pendencia, que era el seguro de su poder; y con Roma Italia, y con Italia toda la gente latina!

La índole de este discurso no consiente que dé á tales dudas satisfaccion cumplida; ni me es lícito ya entrar en otras consideraciones, cuando temo, señores, haber abusado de vuestra indulgencia, con las que acerca de este solo punto llevo expuestas. Basta, por otra parte, á mi propósito con llamar la atencion de este ilustrado auditorio acerca de cuestiones tan hondas, por si no juzga inútil estudiarlas, y meditar sobre ellas. No sé, entretanto, si aquí habrá alguno que al oirme plantearlas juzgue preocupado mi espíritu por los intereses exclusivos de la Iglesia católica. Supuesto es este que no me ofenderia seguramente; pero áun así y todo, quiero desvanecer lo que tiene de errado ántes de seguir adelante.

Con sólo fijarse bien en los términos precisos de mis proposiciones, aparecerá en claro, que si no hablo como incrédulo, tampoco entiendo usurpar hoy su oficio á los misioneros católicos. Héme limitado á exponer la gran cuestion de Roma bajo su aspecto humano y político, tratándola con igual sinceridad y franqueza que las demás que toque en mi discurso. Lo que hay que ver es, si los problemas que he planteado son reales ó puros entes de razon; hijos de la reflexion ó de la fe ciega. Ninguno de los pensadores que creen, cual yo creo, en la realidad é importancia suma del principio religioso, condenará de seguro, por ociosas, mis observaciones acerca de tal cuestion en las circunstancias presentes. Para condenarlas del todo se necesitan dos cosas: negar primero que el princi-

pio religioso (superior, y áun esencialmente representado por el catolicismo en la civilizacion moderna), sea el más útil y sólido cimiento del edificio social; y rechazar, en segundo lugar, el testimonio de todos los grandes metafísicos, que han hallado iniciado siempre el concepto de Dios en las profundidades de la conciencia humana. A mí no me seria lícito ignorar las temeridades de la ciencia contemporánea, y sé bien, por tanto, que no falta quien se empeñe en ahuyentar de este mundo á Dios y al espíritu, ni quien se jacte de tenerlo conseguido á estas horas. Mas por dicha, eso no es cierto. Si los hombres practican la virtud comunmente, no es sino porque todavía tienen concienela de su alma, y fe en el Sér Supremo que debe juzgarla. La justicia, alma del cuerpo social, no lo ha desamparado aún, porque no está infaliblemente declarado el bienestar físico por único fin del hombre; y mal ha de andar, por otro lado, la distincion de lo tuyo y de lo mio, sin la cual cesaria el progreso humano, cuando exclusivamente la mantengan visible las llaves de las cárceles ó los cánones de la economía política. Quiéranlo ó nó los sabios, y esto es lo que importa á mi propósito, la religion es hoy, cual siempre, irreemplazable en la sociedad; y el catolicismo, áun racionalmente considerado, uno de los más grandes intereses del género humano. Tal lo reputan insignes protestantes como Guizot y célebres racionalistas como Thiers: tal lo considerarán probablemente los príncipes y ministros (ó protestantes ó racionalistas en la mayor parte), que están realizando en estos momentos la unidad germánica. Mucho más propio es, con efecto, de

filósofos y de políticos reconocer hechos patentes y de tal tamaño, que negarlos con saña pueril.

No se extrañe ya que en pos de premisas, como las que yo establezco, surja por sí misma la consecuencia de que la organizacion del Pontificado, en lo que éste tiene de humano, y la participacion que alcanze en ella cada una de las diversas razas ó naciones, todavía son cosas gravísimas en el siglo presente. Tampoco se extrañe el que yo piense que aquellos á quienes hasta aquí correspondia por privilegio indisputado, el derecho de personificar la más viva y legítima encarnacion del poder religioso en el mundo, pierden al abandonar tal privilegio, un elemento de superioridad muy grande. Ni sorprendan, por último, mis temores ingénuos, de que otra raza, mejor enterada de los sentimientos humanos, más cuidadosa de los elementos esenciales de todo órden social y más amiga de sus propios intereses, ofrezca asilo al Pontificado vencido y probablemente fugitivo, ántes de mucho, tomándolo bajo su proteccion y reconstituyéndolo en su seno; temor que no puede ménos de acrecentar, sobremanera, la suma probabilidad que existe de que la raza que tal haga, sea la germánica, posesora ya de la supremacía militar y del mayorazgo político del mundo. Son, en resolucion, más bien que religiosas, políticas, sociales, históricas, las consideraciones que he expuesto sobre Roma; y si ellas no parecen impropias de un católico, tampoco sentarian mal en los labios de cualquier racionalista imparcial.

Llega ahora, señores, la ocasion de volver atrás la vista para examinar aquel otro grandísimo acontecimiento

contemporáneo que dejé á un lado, segun sabeis, por la preferencia debida á la romana entre todas las cuestiones sociales. Ya sea que consideremos las fuerzas militares, si por el número extraordinarias, por la calidad inmejorables, que ha desarrollado en la guerra presente; ya sea que atendamos á la solidez de su organizacion social y política, de donde la propia potencia militar se deriva naturalmente, preciso es reconocer que el actual engrandecimiento de Alemania presenta todos los caractéres de permanencia imaginables. Sube de punto esta sospecha cuando detalladamente estudiamos luego la flaqueza militar que, no sin general sorpresa, acaba de patentizar la Francia; idéntica, por más que nos duela, á la que tenian ya demostrada las demás naciones latinas. Ocioso es recordar las altísimas glorias de estas tales naciones en otro tiempo, ni ponderar el valor individual que todavía asiste á sus naturales y que nadie será osado á negar hoy mismo á los franceses. La más viva simpatía hácia los vencidos, no basta á remediar que la supremacía militar germánica quede ahora para muy largo plazo establecida. En esta leccion singular, que ha de ser de las que duren más en memoria, de nuevo aprenderán los hombres algo que suelen olvidar con frecuencia; y es que los gérmenes históricos no perecen aunque por siglos y siglos permanezcan enterrados. Cuando parece que se les sepulta, no suele hacerse sino sembrarlos. Si paralizados por el frio de los hechos quedan ocultos é inadvertidos para muchas generaciones, véseles luego, en cambio, no bien el sol los favorece, brotar, crecer y alcanzar en breves dias su total

desarrollo. De tales fenómenos naturales es el que estamos presenciando.

Porque, señores, quiero ya decíroslo explícitamente: ese imperio que ahí veis formándose, y debajo de cuyo solio han de acabar dulcemente los largos dias de Guillermo I de Prusia, no es otro que aquel confuso Estado aleman de la Edad media, contenido y achicado hasta principios del siglo XVI, por los rayos espirituales del Vaticano; encadenado luego por el genio latino, que vigoroso inspiraba la gran mente de Cárlos V; entretenido y debilitado más tarde por la guerra de los treinta años; paralizado y envuelto luergos años en las ingeniosas redes de la monarquía austriaca, que falsamente ostentaba en el ínterin, como si fueran suyas, las imperiales insignias germánicas; algo recobrado ya y suelto, al rumor de las armas y las blasfemias de Federico II; dueño por fin de sí propio, y confiado y furioso al sentir los latigazos del primer Bonaparte, hasta el punto de saborear ya á medias su triunfo en el llano sangriento de Waterloo. Y hoy, bien le mirais: sus ojos están totalmente despiertos; su cuerpo armado de piés á cabeza; su corazon, no ya sólo confiado, sino lleno de fe en la victoria. Nadie sabe más ni puede más que él; y nadie tampoco sabe mejor que él lo que quiere, ni quiere con mayor ahinco lo que puede. Pues observad, tras esto, señores, la fisonomía histórica del Carlomagno protestante, que está á su cabeza, y hallareis en él reunidos, por maravillosa manera, los rasgos de todos sus antepasados y predecesores: de todos sus antepasados, digo, desde el terrible Alberto, llamado por apodo el *Oso*,

conde de Ascania, y verdadero fundador del solar de Brandeburgo, hombre dado ya por extremo á imponer de viva fuerza su voluntad y su pensamiento, hasta aquel otro Alberto, gran maestre y destructor de la órden teutónica, á la cual usurpó la Prusia originaria, haciéndola Estado hereditario en su familia: de todos sus predecesores, añado, es decir, de los que iniciaron la grande obra que va él á coronar felizmente, como, por ejemplo, el valeroso Juan Federico de Sajonia, apellidado el *Magnánimo*, y autor con el Lantgrave Felipe, de la confederacion de Esmalcalda; Guillermo el *Taciturno*, que recogió de manos de aquella vencida liga la espada del protestantismo, y la esgrimió con mayor fortuna, levantando en Holanda un alcázar inexpugnable contra las potencias latinas y abriendo á nuestros ejércitos, único dique entónces de las inundaciones germánicas, el inmenso cementerio de Flandes; Federico Guillermo de Hohenzollern, intitulado con justicia el *Grande Elector*, príncipe por igual astuto que esforzado, alternativamente amigo ó enemigo de sus vecinos, sin otra norma que su interés patrio, el cual acertó á convertir la Prusia en Estado político importante, al tiempo mismo, que sancionado el protestantismo en Alemanía por las concesiones inevitables de la paz de Westphalia, se echaba allí de ménos una potencia capaz de ser núcleo de otro nuevo imperio, ya genuinamente aleman y protestante. Lo que tantos otros sembraron, es, pues, lo que el vencedor de Sedan y de Metz cosecha ahora. Más feliz el gran maestre teutónico que el propio Cárlos V, su señor, no ha carecido nunca de sucesores,

cuando el último apénas ha logrado descendientes. Algo ha contribuido eso, sin duda, á que la obra de aquel humilde potentado pase de exígua semilla á jigantesco árbol, y á que el árbol que dió sombra á tantas gentes se mire ya seco. Preciso es, sin embargo, dar mucha, grandísima parte á las circunstancias, y reconocer tambien en esto la mano providencial que promueve la constante trasformacion de las cosas.

Mas lo cierto es, señores, que por tales ó cuales causas, imposibles de encerrar en un discurso, ya no tiene que temer, cual otras veces, el renaciente imperio germánico y protestante, que nuevos duques de Alba se encaminen al Albis ó Elba, para arrancar de cuajo sus cimientos; ni han de cerrar más nuestros duques de Feria á los alemanes las puertas de la Alsácia; ni puede más correr á cargo de los Castel-Rodrigos la recuperacion de la Lorena, en favor de sus duques soberanos; ni á los Idiaquez ó Guzmanes de ahora les sería dado trocar hoy la fortuna de la guerra, como en Nordlingen la trocaron sus abuelos. Va ya para dos siglos que, por fuerza, abandonamos nosotros aquella mision sangrienta; y la Francia, que no sin provecho, la heredara, y que, desde Luis XIV acá venia desempeñándola, tampoco parece ya bastante para tamaña obra.

Bien es verdad, señores, que lo que recoge hoy la Francia es el fruto de sus propias faltas, no sólo modernas, sino antiguas. Porque, ¿cuánto no han encarecido los mayores políticos de aquella nacion, tan fácilmente contenta de sí misma, la habilidad y prevision del gran político, que no temió desmentir su carácter de elector de Papas,

ni manchar su púrpura cardenalicia, convirtiéndose en protector de los alemanes protestantes, á fin de que le ayudasen á deshojar las dos ramas de la casa de Austria? ¿Pensará ahora M. Guizot, por ejemplo, ya que tan admirador se ha mostrado en sus libros de la política de Richelieu, en esta materia, cuanto pensaba anteriormente? ¿No le convencerán ni áun siquiera los sucesos actuales, de que tal política fué, por lo ménos, tan errada entónces cuanto haya podido serlo, en nuestros dias, la de Napoleon III con el Austria moderna? La verdad es, que en odio al poderío español, todavía más que al de la monarquía austríaca, aportilló Richelieu aquellos malecones altísimos que contenian en su cáuce al torrente germano-protestante. Y no hay que alegar que al iracundo político francés le faltasen datos en aquella época, para adivinar los peligros que acumulaba su política sobre las naciones latinas. El germanismo, inspirado y guiado por la *Reforma*, era ya tan temible elemento en los dias de Cárlos V, que «cuanto á lo humano no parecia que habia »fuerzas en el resto de la cristiandad, toda junta, »para contrastar con las suyas,» segun escribió nuestro D. Luis de Avila, testigo de lo que narra. Por causa de Richelieu terminaron con ventaja al fin los protestantes la guerra de los treinta años; obteniendo los tratados de Munster ó de Westphalia, que hicieron al fin forzoso el de los Pirineos, con el cual quedó sellada nuestra decadencia, no sin dejar tambien ya mal parada á la monarquía austriaca. Quedó desde entónces por tierra el valladar levantado en el siglo XVI, por la Europa latina, contra

germanos y turcos. Dichosamente el imperio osmanli no contuvo nunca fecundos principios de vida; y á pesar de la directa proteccion anterior de Francisco I y de la irreflexiva hostilidad del cardenal Richelieu contra todos los intereses que protegia la casa de Austria, comenzó bien pronto á enflaquecer y ha ido decayendo hasta el extremo de ser poco ménos que inofensivo en nuestros dias. El imperio germánico contaba en tanto con muy otra virtud propia, como ahora experimenta, bien á su costa la Francia.

Grandemente yerran, á mi juicio, los que procuran explicar, por transitorios motivos ó accidentes, lo que hoy pasa. Las biografías de Napoleon I no son los únicos libros de historia que la humanidad posea, por más que hayan sido los únicos que sepan de memoria los franceses, y los solos á que haya prestado crédito, en los últimos años, no escasa parte de la gente latina. Muchos otros libros viejos, y no pocos papeles hay que enseñan que esto que hoy se apellida *unidad germánica*, es decir, la constitucion de un solo imperio, genuina y exclusivamente aleman, entre el Mosa y el Báltico, siempre ha sido, cual parece ahora, el más grave acaso de los acontecimientos políticos de la tierra. La Europa no ha sido hasta aquí sino una de dos cosas: ó germánica ó latina, y esta antítesis etnográfica, y este dualismo secular, contienen cuanto hay de sustancial en sus anales. Parece, en verdad, que ahora asoma por el horizonte un tercer actor destinado á desempeñar gran papel en este teatro de Europa, donde se ensaya y representa toda la civilizacion

moderna: hablo del eslavismo, que algunos saludaron, tiempo hace, con el nombre soberbio de panslavismo; pero sea cualquiera el porvenir de esta raza innumerable, su ascendiente no ha de llegar tan pronto que impida á los germanos terminar la obra. Fácil es que, á la larga, el tradicional dualismo que he expuesto se convierta en otro nuevo, formado de un lado por el eslavismo y por el germanismo de otro. Y bien puede ser tambien, que registren nuestros descendientes, en los anales del mundo, la constitucion de la *unidad germánica* como un suceso providencialmente provechoso, y sin el cual el *panslavismo* habria logrado realizarse, en corto tiempo, saltando las hordas cosacas, por encima de una Alemania impotente, sobre el corazon de las naciones latinas. Por ahora sólo sabemos, no obstante, una cosa cierta; y es que la historia no ha mostrado todavía á los compatriotas de Genserico y de Atila sino en union y concierto con los germanos, y formando su terrible reserva, en las invasiones y conquistas de los pueblos meridionales. Podrá ser, con todo, que lo que se vió en el siglo v de nuestra Era no se repita más: podrá ser que estén condenadas esas gentes del Norte á disputarse algun dia la primacía que ahora perdemos los latinos. De aquí allá nada amenaza entretanto el predominante poder de la Alemania, así como no hace nada sospechar, en lo pasado, que sean los germanos incapaces de sustentar por largo tiempo la posicion adquirida.

Sabemos, por el contrario, que las legiones romanas acampaban mejor en la remota Mesopotamia que en la

orilla derecha del Rhin, hijo de los Alpes, y no tan mal todavía en ésta cuanto en las del Elba, más nombrado «que visto por ellos,» segun advirtió el ya citado historiador D. Luis de Avila. Luengos siglos hace que de los alemanes dijo tambien *Tácito* las siguientes palabras: «*Nihil autem neque publicæ neque privatæ rei, nisi armati, agunt;*» y aquel singular respeto con que habló el primer político de Roma de sus bárbaras muchedumbres, debió servir de aviso á la gente latina. Que no estorbaron, señores, los ponderados triunfos de *Germánico*, ántes debidos á la ventaja de las armas que no á la del esfuerzo, segun reconoció Tácito mismo, el que tomasen los germanos la vanguardia en la inmensa y decisiva inundacion, que destruyó el poder militar y político de la Roma imperial; derramándose por el Occidente y Mediodia, imponiendo Códigos, costumbres, dinastías á las provincias más identificadas con aquella metrópoli augusta, y marcando con el sello de su nativo, y á las veces feroz individualismo, toda una edad del mundo, la Edad Media.

He dicho ya, y basta aquí recordarlo, que por entónces impidió la autoridad espiritual de Roma, siempre latina, que definitivamente se enseñorease el germanismo de la Europa. Mas, no bien estuvo á punto la rebelion contra la autoridad de la Iglesia, lenta y latentemente preparada en el seno de las nuevas naciones europeas, prestóla su fuerte brazo Alemania, ya por medio de Lutero, ya por medio de los príncipes feudatarios, fácilmente coligados contra el artificial imperio, que pretendia ser aleman,

y áun se llamaba á sí propio romano, blasonando de su exótica personificacion y de su espíritu latino. Lo indígena, lo espontáneo, lo peculiar de Alemania, en la época de la *Reforma*, fué, pues, la liga de Esmalcalda, no el cesarismo de Cárlos V; y los historiadores españoles de aquella Era tuvieron ingenuidad bastante para confesarlo. Faltó á los príncipes luteranos entónces la suerte de las armas; y bien que dieran harto en que entender á Cárlos V, hasta los postreros dias de su vida, lo cierto es que los arcabuceros españoles y la caballería italiana, mantuvieron aquel siglo y parte del siguiente la superioridad latina. Tales eran, con todo eso, las condiciones militares que á la sazon poseia Alemania, que D. Bernardino de Mendoza, el primero de nuestros escritores del gran siglo en estas materias, reputaba inevitable, que «las más veces, y en todos los grandes ejércitos de Eu»ropa, la mayor parte de la caballería como de la infan»tería, fuese de alemanes.» Lo cual consistia en que ellos no sabian dormir sino sobre las armas, ó prontos siempre á empuñarlas, con leve ocasion y á poco precio; ni más ni ménos que en los dias de Tácito y en los dias presentes. Faltos de unidad política, y hasta de un gran centro nacional, desde que Cárlos V y su hermano Fernando (más español que él todavía), *españolizaron* el cetro imperial; divididos algun tanto por la fe religiosa, puesto que no todos al fin se inclinaban al protestantismo, y mucho más todavía por las armas ó la sagaz política de los hijos y nietos de la infeliz Juana la *Loca*, compréndese sin esfuerzo que la Alemania apareciera nula para sí misma,

cuando tanto valia para los demás, contentándose, por más de dos siglos, con ser un gran mercado de guerreros donde acudia á proveerse de ellos la Europa entera. Pero tal estado de cosas que la gente latina no ha agradecido bastante á los príncipes españoles del siglo XVI, á quienes se debió exclusivamente, tenia sin duda que ir cesando, cual ha cesado, y concluir como ya parece concluido de todo punto.

Léjos de sorprendernos, por tanto, de lo que pasa, lo que cumple es reconocer con imparcialidad que los alemanes son y siempre han sido dignos rivales de Roma, de España, de Francia, de cada una de las naciones que sucesivamente han representado el poder ó la gloria de la gente latina, como lo serán de cuantas en el mundo aspiren á la supremacía. Si han intervenido ahora tales ó cuales accidentes en sus triunfos, accidentales han solido tambien ser, cual va dicho, los motivos de sus derrotas y de su prolongada impotencia. Ni debe olvidarse para formar juicios probables de lo venidero, que la discordia interior, funesta más que otra alguna causa á Alemania en lo pasado, está ahora obrando, cual eficaz auxiliar suyo, en los países latinos, informados por el anárquico espíritu de la revolucion francesa, ¿Qué ganariamos, señores, con desconocer ó disimular la tremenda realidad de estas cosas? Mejor es partir de la verdad desnuda; y esta es, que la Europa ha engendrado en sus entrañas otro Cárlos V ú otro Luis XIV, con tanto poder como quien más de los dos, y aunque al primero desigual en genio, superior en fortuna. Véase, por ejemplo, cómo los muros

de Metz, en que se estrelló nuestro gran Cárlos, con un ejército, entre cuyos soldados se contaban marqueses de Brandeburgo, no han podido resistir esta vez el empuje germánico; y pocos dudarán ya, de otra parte, que muera más satisfecho en sus palacios Guillermo I que Cárlos V en Yuste. Tampoco creo que ha de pasar ya el monarca aleman, por el dolor de Cárlos V, cuando supo que su hijo y heredero no habia aprovechado la victoria de San Quintin para entrar en Paris triunfante; que tanto este príncipe heredero de ahora, como su padre, cuentan para lograr todos sus fines con los recursos cuya falta cerró á nuestro D. Felipe el camino. ¡Y pensar, señores, cuando se recuerdan tiempos, cosas y hombres semejantes, que quien hoy eclipsa, ya que la gloria no, la fortuna del *grande emperador*, no es ó no ha de ser, sino un emperador protestante! ¿Quién les hubiera dicho, que podia llegar tal caso á nuestros insignes teólogos del siglo XVI, tan inclinados á aquella utopia de la *monarquía universal*, con que pretendian juntar en uno toda la potestad civil, al modo de la eclesiástica, para reunirlas ambas luego en indisoluble consorcio, y lograr que tornase á ser el imperio, como en tiempo de los primeros Césares cristianos, no ya sólo protector nato de la Iglesia, sino partícipe en su sublime gobierno? ¿Qué gesto de ira ó de espanto no harian tambien hoy, al saber tan extrañas nuevas los primeros huéspedes del panteon del Escorial, si, en vez de salir, como ahora suelen, al aire libre para solaz de curiosos, recobrasen por arte de encantamiento sus sentidos?

A decir verdad, señores, no le faltó ya á uno de esos

régios difuntos (precisamente al que más caviló de ellos por conservar el predominio de la gente latina); quien le diese á leer unos renglones, que bien meditados, pudieran haberle servido de clave para descifrar mucha parte de lo que entónces estaba por venir. Un preceptor de niños ilustres, filósofo, político y geógrafo, de nacion italiano, y en su edad famosísimo, llamado Juan Botero, escribió en su libro *De la razon de Estado*, traducido por Antonio de Herrera á instancia del propio Felipe II. que « así » como los hombres del Norte, por demasiado apetito de » la libertad, hasta habian llegado á negar la autoridad » del Vicario de Cristo, » eran los meridionales ó latinos « gente servil de suyo, y para gobernarla por vía de reli- »gion y supersticion.» Y si se atiende á que no tan sólo la libertad religiosa, en su sincera realidad, sino la libertad toda entera, parecen todavía exclusivo patrimonio de las várias ramas del septentrional tronco germánico, habrá que convenir, aunque sea de mal grado, en que no iba muy descaminado Juan Botero. Erró, no obstante, en juzgar excesivo, y á modo de irracional, el apetito de libertad de la gente germánica, porque ella sabe tambien observar más robusta y severa disciplina que los latinos, á quienes tenia aquel autor por naturalmente obedientes ó serviles. Lo mismo los sajones-germánicos que los anglo-sajones europeos, sus hermanos, han conservado hasta aquí, por base de sus instituciones políticas, la monarquía y la aristocracia (que no son más que el rey y los principales de que habló Tácito); tanto los sajones-alemanes como os sajones-ingleses de Europa y América desconocen, ni

más ni ménos que en los dias del elocuente historiador romano, toda soberanía absoluta, quiérase que resida en monarcas, quiérase que resida en Asambleas; y los graves y áun ceñudos reyes de las antiguas selvas germánicas sabian usar de la persuasion mejor que del mando, cual pudieran los más constitucionales de ahora, así como sabian ya de su parte los súbditos contestar á los malos dictámenes que se les proponian con bramidos salvajes, quizá no muy distintos de los que en tales casos se oyen aún en los *meetings* anglo-sajones de ambos mundos.

Harto dió á entender ya Tácito cuánto preferia tales costumbres públicas á las que en su tiempo reinaban en todos los foros latinos, y en el de Roma misma; y eso que no pudo él admirar, como tenemos ocasion de admirar hoy nosotros, tras tantos siglos de historia escrita, la especialísima aptitud de aquella raza para ejercitar y respetar los derechos individuales, sin perjuicio de organizar gradual y sólidamente el sistema social. De lo que Tácito describió; de lo que, juzgando por lo que en su tiempo veia, dijo Botero; de tanto como nosotros mismos tenemos que envidiar cada dia, ya en el ejercicio del *self government* inglés, ya en el grande espíritu jurídico, que hace posible y provechoso el régimen democrático de los Estados-Unidos, ya en la extraña y poderosa Constitucion alemana, que permite vivir en paz al sufragio universal con la aristocracia de sangre y la monarquía de derecho divino, dedúcese con avasalladora claridad la consecuencia de que, si los pueblos latinos no están irremisiblemente condenados á la servidumbre y á ser gobernados por me-

dio de supersticiones de varia índole, cual pretendia Botero, en nada por lo ménos es tan antigua, ni tan constante su inferioridad, respecto á la raza germánica, cuanto en las cosas políticas.

¿Quién que conozca á fondo las cuestiones contemporáneas no preferirá ya esas felices sociedades políticas donde se antepone el derecho á la libertad, logrando que la libertad se defienda sólo por el derecho, que es en lo que consiste el dogma germánico, á estas otras esclavas de arbitrarias abstracciones, que se consumen en perennes ensayos y turbulencias? Y siquiera en la época de Juan Botero, los gobiernos de religion y supersticion, de que él habla, todavía acertaban á dar á estas naciones meridionales y occidentales grandísima gloria y poderío; mas hoy ya, sin supersticion tal vez, y no por eso mejor gobernadas, ¿cómo ha de haber ningun hombre latino que, juzgando imparcialmente, ose negar tampoco en este punto la superioridad germánica? De ella depende, á juicio de los franceses vencidos, más que de nada acaso, la supremacía militar que están los alemanes mostrando. De ella procede, con más certeza aún, que la disciplina social sea compatible en Alemania con la independencia absoluta de la razon y de las investigaciones científicas, habiendo crecido tanto á la sombra de este feliz concierto de libertad y órden el saber germánico, en los últimos tiempos, que, si hoy resucitase Cárlos V, no echaria solamente ya de ménos sus soldados de Mulhberg y su cetro imperial, sino tambien la soberanía que poseyó sobre los mayores pensadores del género humano, cuando estos se

apellidaban Francisco Vitória y Domingo de Soto, en vez de Kant ó Fichte, Hegel ó Krause. La teología ha sido generalmente reemplazada por la metafísica en la direccion y sistematizacion de los estudios, y son por comun consentimiento los alemanes los mayores de los metafísicos modernos. Pero, ¿qué más, señores? Hasta la novísima invasion materialista, que, con más pomposo aparato, pretende renovar los ensayos de Condillac, Helvetius y Cabanis, tiene tambien que recibir de Alemania inspiracion y apóstoles.

Basta ya, pues, de análisis. Por donde quiera que hoy se mire sobran razones para envidiar á la raza germánica, y para que doble humillada la cabeza toda la gente latina. Inferior ya anteriormente en la organizacion social y en las ciencias, era un los últimos baluartes de su grandeza, la Roma pontifical y el ejército francés, y las catástrofes simultáneas que hemos presenciado ponen el sello á una decadencia, quizá de todas suertes inevitable. Bien sé cuánto tienen de amargas estas palabras; mas si al mal que enuncian cabe algun remedio, vecino ó lejano, no será ese de seguro el cobarde silencio.

Tal es, señores, la conviccion que me ha traido á meditar en voz alta delante de vosotros, y á solicitar sobre este inmenso asunto, vuestras propias meditaciones. Para estos singularísimos casos, mucho más que para los ordinarios, es útil la libre institucion del Ateneo. Discutiendo los unos, los otros enseñando, ó más bien exponiendo sus noticias y opiniones; oyendo, comparando, estudiando los demás, podemos, entre todos, ilustrar los sucesos

actuales, y conocerlos y juzgarlos con completa exactitud, no bajo su aspecto externo únicamente, sino tambien en su sentido íntimo y trascendental. A mí me basta con plantear los problemas; que su resolucion teórica toca á todos: á todos los que se interesen noblemente por los destinos de su especie: á todos los que tienen el hábito de estudiar, meditar y juzgar las ideas y los hechos: á todos los cuerpos científicos, entre los cuales ocupa tan distinguido puesto el Ateneo. Por lo que hace á la resolucion práctica de tales problemas, esa, señores, pertenece tan sólo al tiempo, que tarde ó temprano realiza cuanto hace suyo la razon. En el ínterin, nada hay tan léjos de mí como la pretension de que mis afirmaciones solas produzcan el menor convencimiento. ¿Qué importarian, si careciesen de fundamento bastante, ni mis temores ni mis tristezas? Ó es verdad, ó nó, que el corazon del mundo ha cambiado de sitio, por manera, que no palpita ya de este lado de Europa, sino del lado del Norte, y en regiones donde sólo suenan, por acaso, alguna de las radicales ó alguna de las formas gramaticales de las lenguas romances. Ó es verdad, ó nó, que, abandonadas á un tiempo la tiara y la espada, queda ya sin los dos más patentes signos de su soberanía secular la orgullosa descendencia de Roma. Ó es verdad, ó nó, que huérfana y sin hogares, fatigada y ruborosa, corre ya á estas horas la larga senda del tiempo esta gente latina, mendigando tal vez lástimas de los que tanto la tienen envidiada. Si todo ú algo de esto por ventura fuese exacto, nada se adelantaria, cual ya he dicho, con ignorarlo. Convendria, por el contrario,

adquirir este penosísimo convencimiento cuanto ántes, para preparar el remedio.

Porque hora es ya de decirlo, señores: no es el desaliento, nó, la musa que me inspira en este dia; ni mucho ménos pretendo que para siempre deis por vencida á la nobilísima gente latina. Léjos de eso, quisiera que tuviéseis todos la propia fe que yo tengo aún en sus futuros destinos. Harto sabeis todos, en primer lugar, que porque una nacion ó una raza iniciadora decaigan, no por eso decae la humanidad entera; ántes bien es seguida cada parcial decadencia de un paso universal hácia adelante. Ley es esta bastantemente demostrada en el total de los séres orgánicos; y que, hasta cierto punto, tambien alcanza al hombre. Cuando entre los irracionales suplanta una raza superior á otra inferior, mediante la lucha, y el ordinario exterminio de la que queda vencida, progresa la escala zoológica, y es la naturaleza quien recoge el fruto de la victoria. Hasta entre los racionales mismos, se ha visto desaparecer completamente á los vencidos, no ya sólo aniquilados, sino áun devorados por sus vencedores durante los tiempos primitivos, ó en naciones que han permanecido salvajes; y siempre ha ocupado la vacante de cada tribu vencida, otra tribu mejor. Peligro hay en decirlo, porque es verdad ésta que se presta á abusos tremendos; pero, cuando la victoria causa estado, bien cabe afirmar que no es en su esencia injusta. Ciegas son, en apariencia, y en realidad nadie tiene mejor vista que las armas. Ellas no favorecen, á la postre, sino al más digno. Felizmente para las modernas naciones, el constante es-

clarecimiento del concepto del derecho y la dulcificacion incesante de las costumbres impiden ya la destruccion de los ejércitos vencidos, aunque fuera de ejecucion posible.

Hay, con todo, algo que parece más triste que la misma muerte, por ser tan largo y tan lento, en el castigo de los pueblos decaidos, que otros mejores sustituyen hoy por fuerza, en la iniciativa y direccion de los supremos negocios humanos. Desde luego, carece de trágica solemnidad y áun de nobleza, el espectáculo que ofrecen estos hombres de ahora, cultamente vencidos y tratados por otros hombres con misericordioso desden. En lugar de perecer todos ó casi todos juntos, y acaso en un instante, quedan obligados á cruzar, por siglos á veces, y degenerados, impotentes, escarnecidos, hasta de sus propios blasones afrentados, caminos que solian pisar otros dias coronados de laurel y de roble. Necia venganza les proporcionan en ocasiones las dulces artes del decir, con que pueden burlar los más ingeniosos á los más varoniles, representando aquel desairado papel de los risueños sofistas é histriones atenienses en los corrillos del foro romano. Ni es más digno el que, guardando la soberbia condicion de sus abuelos, sin heredar siquiera su fortuna, se entretengan en cantar á solas sus glorias pasadas; que tanto peor parece la pobreza cuanto más se la compara con el tiempo mejor.

Las profundas elegías de los hijos de Sion á orillas de los rios bíblicos, merecen mayor disculpa; mas no es tampoco el llanto el natural alivio del hombre vencido. Ya que esté condenado á vivir; ya que su naturaleza

racional le liberte de la ley fatal que pesa sobre los demás séres orgánicos, cuando sucumben á otros mejores, justo es que busque su salvacion en el mismo principio moral á que debe su conservacion física, que por algo le dió tan seguro medio la Providencia con que prolongar su permanencia en la tierra. Sean cualesquiera las particulares decadencias de los pueblos y de los individuos, la humanidad no es más que una, y no decae jamás. Por eso es por lo que no puede alcanzarle del todo al hombre la ley sangrienta con que parece manifestar sus preferencias la naturaleza en otros séres orgánicos; por eso es por lo que, no sin frecuencia, se ve el fenómeno de que pueblos vencidos por armas comuniquen sus ideas, sus sentimientos, su saber, sus costumbres, á los que los vencieran, pasando á ser de conquistados conquistadores; por eso es tambien por lo que las razas y los pueblos caidos siempre tienen francas las puertas de la regeneracion, y vuelven, cual hijos pródigos, á disfrutar los bienes comunes en el seno de la humanidad, que es para todos la casa paterna. No es necesario, nó, que se extingan, ni siquiera que retrocedan en cultura unos pueblos, para que en otros se encarne la iniciativa, y se realice el progreso de nuestra especie. Basta con que de tiempo en tiempo sobrevengan estos horrendos choques de razas ó ejércitos, y estos enaltecimientos y caidas que hoy presenciamos.

Dios realiza así sus miras alternativamente, por medio de éstas ó de aquellas naciones, segun sus inmediatos méritos; y si castiga duramente á los vencidos, no es sino para que con más ligero y seguro paso procuren reco-

brar la delantera. De esta suerte la corriente de la humanidad nunca se estanca, ántes bien, azotada por los huracanes, y de vez en cuando precipitada por pendientes ásperas, salta, bulle, se purifica y preserva, y marcha, en fin, con rápida majestad á lo infinito, que es su Océano. No hay, pues, no puede haber para el hombre irremediables decadencias, por más que quepan decadencias muy largas, y tan palpables, cual me parece á mí que es la de la gente latina. Poseido de tales convicciones, no ménos sinceras que consoladoras, siento arder en mi mente, aunque sea humilde, un deseo muy grande; y es el de que arrostren las naciones latinas su presente estado, con igual constancia y fe que arrostraron los protestantes alemanes sus desastres de Muhlberg ó de Nordlinghen, y con la resolucion misma de no cejar nunca, por lentamente que hubieran de seguir su camino, que han demostrado todos los hombres de aquella raza, desde que Cárlos V les arrebató el imperio, latinizándolo de hecho cual de nombre lo estaba, hasta que de nuevo han sabido recuperarlo de nombre y de hecho, merced á las batallas inmensas de Sadowa y Sedan. La historia es tan larga cuanto breve es la vida del hombre; y sólo Dios puede saber qué número de veces le ha de tocar á cada raza ó nacion subir ó descender, y cuántas naciones ó razas han de alternar en el altísimo empleo de iniciadoras y directoras de la civilizacion. Todo es, pues, arcano en lo que está por venir, ménos el progreso, y la ley providencial que llama á todos los hombres á trabajar en él, cualesquiera que sean su cuna y orígen, sus aciertos ó

errores pasados. Vecino está de todos el Jordan del espíritu humano: y en sus aguas salubres, todos podemos repararnos y vivificarnos, y áun acrecentar nuestras fuerzas, por tal manera, que al entrar de nuevo en liza, dispute de nuevo el vencido los premios de mañana, á su vencedor ayer.

Quisiera, señores, dar ya aquí punto á este prolijo y seguramente pesado discurso; pero no debo hacerlo sin pediros, que por sólo un instante más, presteis indulgente atencion á mis palabras. Tengo que dirigiros una última observacion, y tras ella un ruego. La experiencia suele ofrecer excelentes consejos para obrar, y ella nos dice que, si bien el espíritu humano es uno, no están dotados de aptitudes iguales, ni los indivíduos, ni las naciones, ni ménos las distintas razas humanas. Acertó por completo, en esto último, el docto Juan Botero, varias veces ya citado; si bien cabe en la exagerada fórmula que dió á su doctrina, el error gravísimo de no considerar capaces de cualquier fin humano, á todos los hombres, con más ó ménos esfuerzos de su parte, como pide la identidad esencial de su espíritu. De esta desigualdad de aptitudes, para mí evidente, se desprende por natural consecuencia, que nada de extraño tendria que el ordenado individualismo germánico, y ese admirable consorcio de libertad y disciplina que ha constituido siempre la mayor fuerza de aquella raza, fueran siempre dificilísimos de alcanzar en los pueblos latinos; ya que por imposible no deba reputarse en modo alguno. Pero en cambio, señores, ¿no es verdad que tambien contamos nosotros con pecu-

liares y maravillosas aptitudes? Sí por cierto. No cabe duda que la conciencia del hombre latino refleja con más claridad que la de otros ningunos hombres, la idea purísima de Dios, y los tipos fundamentales y eternos de lo bello y de lo bueno ideal. Cuanto esencialmente distingue al hombre de la naturaleza, cuanto le hace imperecedero y en su fondo incorruptible, cuanto más eficaz es para regenerar en todo tiempo el espíritu, redimiéndole de sus caidas pasajeras, y abriendo de nuevo las puertas del *Paraíso perdido*; todo eso lo poseen, todo eso lo piensan, lo comprenden, lo sienten, lo sueñan, con singular espontaneidad, el italiano, el español, el francés, y tambien el griego, á juzgar por los griegos antiguos. Pues ahora bien, señores, oid mi ruego. No olvideis nunca, cegados por las accidentales contiendas contemporáneas, que esta gente latina es la hija primogénita de la religion, del catolicismo, que es la religion por excelencia, el cual, quiérase yá ó nó, informó todo nuestro saber, y hoy se esconde en todas nuestras obras. Prestad por lo mismo grave, profunda, serena y áun benévola atencion á todas las cuestiones católicas. No olvideis tampoco al estudiar ó enseñar libremente las ciencias, que por aquí somos mucho más inclinados á lo sobrenatural, á lo perfecto, que nuestros rivales del Norte: quizá porque estamos en más contínua relacion con el espacio infinito; con el cielo, con el sol, con esos mundos innumerables, que casi nunca logran ocultarnos del todo las apacibles noches del Mediodia.

Ni olvideis, asimismo, que en esta faja de mundo, en que vivimos, han dejado iguales huellas Platon y Des-

cartes, el Dante y Cervantes, Colon y Murillo, todos espiritualistas, todos creyentes en Dios, que César y el Cid y el primer Bonaparte, cuyos nombres echais principalmente de ménos ahora. ¿Pensais que han de volver estos últimos sin que vuelvan tambien los primeros? Considerad, en suma, que naturalmente somos teólogos y casi irremisiblemente poetas, artistas y metafísicos los latinos; y que, si hemos de ser otras veces más lo que ya hemos sido algunas, será á condicion de no desdeñar el ejercicio de nuestras peculiares aptitudes: porque la aptitud de cada uno es quizá la señal que Dios puso en él para que no errase su camino y supiese dar con el papel que le toca en el inmenso drama de la historia. Si estos pueblos latinos aprenden difícilmente á ser libres, más difícilmente aprenderán á ser escépticos, y ¡ay de ellos donde lo aprendan, y cuando lo aprendan del todo!

A los señores profesores me dirijo primero: á esos generosos apóstoles de la ciencia, en este recinto congregados, para contribuir, modesta y poderosamente á un tiempo, á purificar el espíritu y mejorar el sér, y preparar la regeneracion de una parte importante de la gente latina; pero á vosotros tambien os alcanza mi ruego, jóvenes y estudiosos escolares, á quienes Dios y la patria tienen fiada, en estos tristes dias, toda la esperanza del porvenir.

He dicho.